

EL MONTE HOHENSTAUFEN.

V.

Reinado de los Federicos.

El nombre de los Hohenstaufen despierta recuerdos que pertenecen á los más gloriosos del pueblo alemán. Pero el eco triunfal termina con un inopinado grito de dolor, pues la historia de los Hohenstaufen llena un acto altamente desgraciado de la tragi-comedia universal, acto tanto más infausto, cuanto que á los destinos de la gran dinastía no le faltó tampoco el elemento trágico de la culpa que se expió finalmente por la caída de la cabeza hohenstaufica más inocente, que el 29 de octubre de 1268 rodó por el cadalso en Nápoles.

Los principios de los Hohenstaufen son oscuros; á su primera aparición la familia vivía en un modesto cortijo, cerca de la aldea suabia de Waschenbeuren, de donde tomaron el nombre de señores de Beuren ó Buren. Indudablemente pertenecieron de antiguo á la clase de los adalings del país; pero el parentesco con los merovingios y carlovingios, no es sinó una fábula inventada más adelante por los aduladores. La prosperidad de la casa, en bienes y autoridad, motivó la mudanza del domicilio. Federico de Buren, llevando un nombre que habían de hacer célebre sus dos descendientes más grandes, salió á mediados del siglo XI con su esposa Hildegarda, del castillo de Waschenbeuren para trarladarse al Staufen ú Hohenstaufen, montaña que se eleva altiva y solitaria entre los valles del Fils y del Rems, término ex-

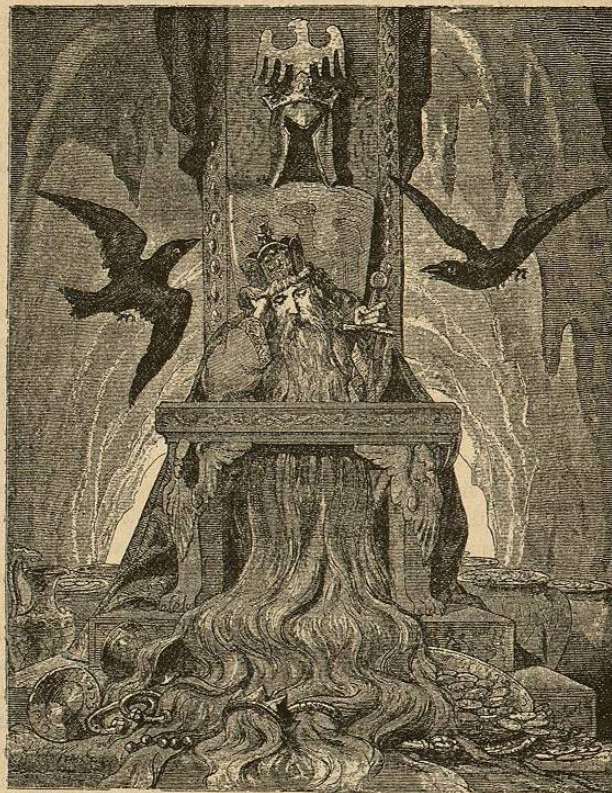
tremo de la cordillera de Albug, enfrente del Hohenrechberg y del Hohens-tuifen, mirando hácia el sudeste, la corona de montañas del Alpe Suabio y contemplando hácia el nordeste, las colinas del valle del Rems, en el cual se encuentra el convento de Lorch, donde los antiguos Hohenstaufen tenían sus sepulcros; pues señores de Staufen ó Hohenstaufen, llamábanse los de Buren después que Federico había construido un castillo en aquella montaña. Su hijo, llamado también Federico, fué el primer hombre histórico de la familia; el emperador Enriquè IV, en recompensa de su fidelidad á toda prueba, le casó con su única hija Inès y le confirió el ducado de Suabia. A su muerte en 1105, su hijo mayor Federico heredó este ducado, mientras que el menor, Conrado, recibió el de Franconia de su imperial tío Enrique V. Habiendo entrado así en el círculo de la alta aristocracia del imperio, los Hohenstaufen en su calidad de consanguíneos de los salios, eran los que tenían más derechos á la corona de Alemania; pero los príncipes alemanes, empeñados siempre en frustrar la consolidación de la monarquía hereditaria, desatendieron los derechos de los Hohenstaufen, eligiendo rey al sajón Lotario de Suplingenburgo. El agente principal de esta elección fué el arzobispo Alberto de Maguncia, celoso ultramontano y hostil á los Hohenstaufen, por ser nietos del penitente de Canosa. Este astuto prelado supo poner en práctica, en esta elección, por primera vez, un sistema que después se desarrolló, ó mejor dicho, degeneró en el sistema de los príncipes electores, pues Alberto consiguió que cada una de las cuatro tribus principales, la francona, la suabia, la bávara y la sajona, designasen á diez electores encargados de elegir al rey, innovación importante, siendo otro paso hácia la oligarquía. Hasta entonces, por lo ménos en teoría, el derecho de elegir al rey había pertenecido á la nación, representada por la asamblea de los libres; pero desde entonces era ya un hecho consumado que el derecho electoral quedaba reservado á corto número de magnates, seculares y eclesiásticos, estrechándose el círculo, finalmente, al número de siete, á saber: los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, y los cuatro seculares del Palatinado, Sajonia, Bohemia y Brandenburgo.

Después de la muerte de Lotario, empezó á salir esplendoroso el astro hohenstaufico; en la dieta de Coblenza (1138), el duque Conrado fué elegido rey de los alemanes. Inmediatamente la rivalidad de la gran casa de Welf, que poseía los ducados de Baviera y Sajonia, se presentó como elemento importantísimo en los destinos de Alemania, trasplantándose los gritos de partido: *¡aquí Waibling! ¡aquí Welf!* á Italia, (gibelinos y güelfos). La disputa era al principio simplemente dinástica, es decir, una lucha de las dos familias más poderosas por su supremacía en Alemania; pero muy pronto ampliose el significado de los dos gritos: *¡aquí Waibling* quería decir, autoridad del Estado y unidad del imperio, mientras que *¡aquí Welf* significaba la autoridad de la Iglesia y particularismo. Fácilmente se comprende cuál de los dos gritos era más patriótico, pues el partido güelfo, por ser aliado del enemigo romano hacia continuamente traición á su patria, hallándose siempre dispuesto á encender la guerra civil contra el imperio á la menor indicación del papa.

Por desgracia de Alemania, el flaco principal de la política stáufica daba cada vez nuevo margen al güelfismo. Este flaco consistía en que los Hohens-
taufen continuaron cultivando el necio sueño del sacro imperio romano, en vez de dedicarse al desarrollo de la nacionalidad alemana, y en que después de casarse el hijo de Barbaroja, Enrique, con la normanda Constanza para unir con su casa el reino de Nápoles y Sicilia, trasladaron á Italia el centro de su poderío. La tenaz lucha de la Iglesia contra el Estado, del papado contra la corona imperial, acertaba á sacar cada vez más recursos de esa división de los gibelinos entre Alemania é Italia. También supo aprovechar la curia con gran habilidad, el segundo error fundamental de la política stáufica, la tendencia á favorecer la nobleza, no comprendiendo el grandioso fenómeno nacional y civilizador, que presentaban las repúblicas municipales de la Italia superior y central. Con todo, la consideración histórica de las cosas humanas, debe tener en cuenta siempre que los caracteres históricos han de examinarse y juzgarse en conformidad á las condiciones vitales de su época, porque son poquísimos los espíritus escogidos que se adelantan á su tiempo, mientras que hasta los hombres más importantes entre sus coetáneos no se elevan sobre la atmósfera intelectual que los rodea. El emperador Federico I pudo entregar sin escrúpulo á la hoguera papal, á Arnaldo de Brescia, pues Arnaldo era profeta y Barbaroja sólo emperador. Federico II, por cierto, fué uno de los hombres más inteligentes de la Edad media, y, sin embargo, promulgó decretos sangrientos en favor de la Inquisición, porque no dudaba de la conveniencia y oportunidad de esa *santa institución*. Los Hohenstaufen habían heredado de las dinastías anteriores la malhadada manía de la transferencia del imperio romano á los reyes alemanes, como herencia que podían rehusar solamente elevándose por encima de su época, y ésto no lo podían, como tampoco podían sustraerse á la férrea trabazón del estado feudal desarrollado ya completamente; y de ahí su tendencia á favorecer la nobleza que les hacía inaccesibles á la idea de preparar un fin definitivo á la eterna anarquía de los caballeres por medio de las fuerzas de las pujantes ciudades, cuya lealtad que había resistido las pruebas más duras, hubiera podido enseñar á los Hohenstaufen, donde habían de buscar su apoyo más seguro. Pero se sabe que los hombres no han querido nunca ni quieren ahora que se les instruya; prefieren que se les engañe y cuanto más groseramente mejor.

En efecto, semejante engaño, el del pretendido sepulcro de Jesús en una de las peñas de Jerusalem, había puesto en movimiento las cruzadas, cuya importancia para la civilización ha sido señalada más arriba. También el primer rey de la casa de Hohenstaufen hubo de ceder á la corriente, si bien contra su voluntad, para peregrinar á la *Tierra santa*, al frente de un ejército (1147), por más que supiera, siendo tan práctico como era, que le quedaban cosas más importantes que hacer en su país. Dicen que Bernardo de Clervó, el poeta del magnífico canto de desdén por el mundo, titulado: *Vanitas mundi*, determinó con su fogosa elocuencia al reacio Conrado á que emprendiera la cruzada. Lo probable es que enfrente de la preponderancia de la locura *crucifera*, Conrado pensaba que sería más prudente no oponerse.

En medio del estruendo del vértigo de las cruzadas, casi natural, porque se fundaba en las creencias y los sentimientos de los hombres, sucedió en el imperio alemán una cosa que á la sazón ciertamente muy pocas personas han considerado de monta y cuya importancia, sin embargo, fué incalculable para



EL EMPERADOR BARBAROJA.

Alemania, á saber: la fundación de la marca de Brandenburgo. El rey Conrado, después de vencer á los güelfos separó del ducado de Sajonia la *marca del Norte*, otorgándola como *marquesado de Brandenburgo* á Alberto el oso, al que la leyenda atribuye la fundación de Berlin. Del pobre suelo arenoso del país atravesado por el Havel y el Spree, y arrancado con mucho trabajo á la barbarie eslava, había de brotar, así lo querían los destinos de Alemania, una sementera que debía madurar solamente en los siglos posteriores.

El sobrino y sucesor de Conrado, Federico I, Barbaroja, como le llamaron

los italianos á causa de su barba rubia, colocó otra vez en todo su esplendor el imperio alemán de la Edad media. Hasta qué punto esta figura de héroe y soberano ha impresionado indeleblemente la imaginación del pueblo alemán dejándole recuerdos de respeto y admiración, lo demuestra la leyenda conmovedora del traslado del grande emperador al monte Kiffhauser, y de su futura resucitación y reaparición para renovar las glorias del imperio. Barbaroja no pudo crear una obra duradera; ciertamente domoñó y castigó al guelfo traidor Enrique de Sajonia, llamado *el leon*, y entró triunfante en Milán arrastrado, pero con esto no consiguió dominar la anarquía de la aristocracia alemana ni el republicanismo de las ciudades italianas, como tampoco á la curia papal, que enfrente del poderoso suabio sostenía con éxito la pretensión exorbitante que el imperio no era más que un beneficio que el papa podía conceder ó negar; beneficio que podía interpretarse lo mismo como *gracia* que como *feudo*.

Al lado de las muchas cosas grandes, brillantes y ruidosas, sucedió también bajo el reinado de Barbaroja un hecho pequeño, insignificante y silencioso, que no llamó la atención de nadie y que, sin embargo, había de resultar importantísimo para el porvenir de Alemania. En medio del territorio donde nacen el Nekar y el Danubio, elévase en la pendiente meridional del Alpe suabio, una colina escarpada distante hora escasa de la villa de Hechingen. Esta colina ostentaba en su cumbre ya en el siglo XI, el castillo de Zollern ú Hohenzollern, existente todavía y cuyos poseedores pertenecían á las familias de magnates de Suabia, siendo Burkardo el primero que se halla mencionado en documentos del año de 1061. Un hijo menor de esta casa, Conrado de Zollern, ensilló una mañana de las del año 1160, en el patio del castillo de sus padres, su caballo, echándole encima las alforjas, probablemente no muy pesadas, y acompañado acaso de su madre llorando hasta el pié de la colina, partió en busca de fortuna, como solían hacer los hijos menores. El joven aventurero debió de haber sido hombre de provecho, pues prosperó enseguida de llegar á la córte de Federico; casó con una rica heredera de la familia de Boburgo y fué nombrado conde ó burgrave de Nurenberga, en los años de 1170. La historia de ese fundador es ciertamente algo nebulosa, y la oscuridad que envuelve los principios de los Hohenzollern no se aclara hasta el burgrave Federico III, á quien las dos ramas de la casa, la mayor y la menor, veneran como su ascendiente común. La mayor permaneció en sus tierras de Suabia, adquiriendo en el curso de los siglos los principados de Sigmaringen y Hechingen, la menor, la francona, logró muy pronto abrirse una carrera brillante. Ya el biznieto de Conrado, Federico III, colocó á su familia en el círculo de los príncipes alemanes, convirtiendo en 1273 el empleo de conde en condado hereditario. Honores de más importancia no tardaron á caer en suerte á la casa de los Hohenzollern, que eran la gente apropiada en tiempos como los de los siglos XIV y XV, á no desperdiciar ocasión; y siendo caballeros económicos y expertos en los negocios, tenían siempre dinero, lo que ha sido en todos tiempos la mayor virtud de los hombres. La perspicacia, el tino y acierto y las blancas, de que los Hohenzollern disponían, elevaron bajo el reinado des-

ordenado del emperador Segismundo, al burgrave Federico VI al rango de marqués y elector de Brandenburgo y archicamarero del sacro imperio ro-

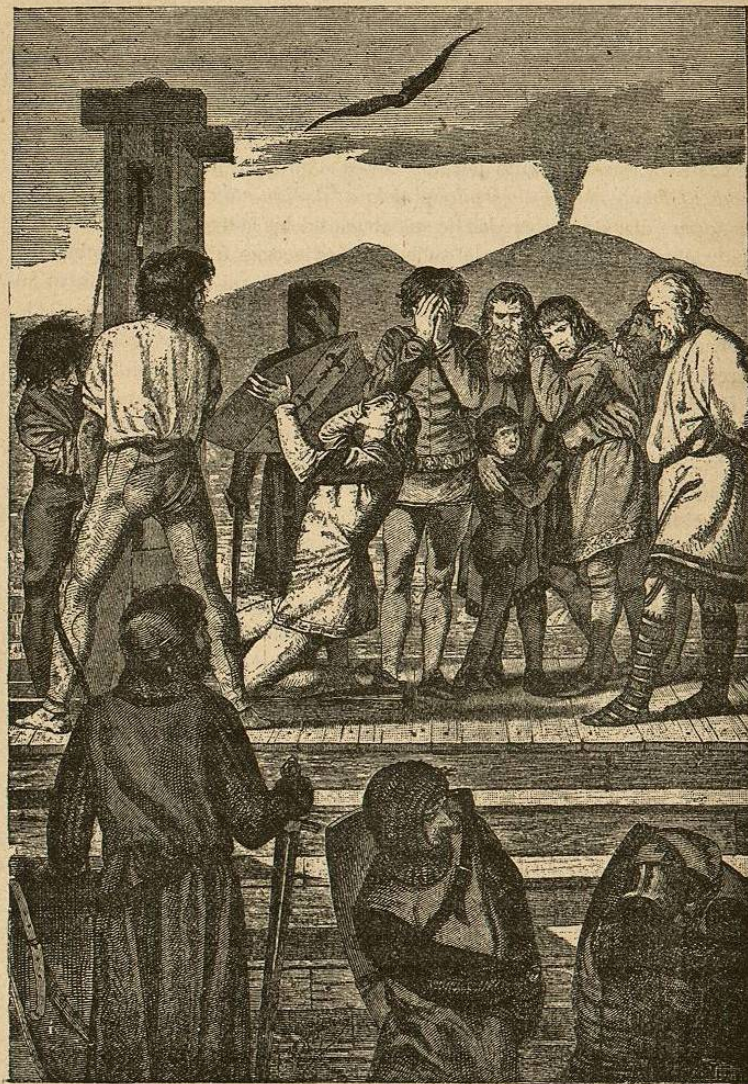


CONRADO DE ZOLLERN ABANDONA EL CASTILLO DE SUS PADRES.

mano (30 de abril de 1415). Doscientos ochenta y seis años más tarde, el 18 de enero de 1701, el elector Federico III se puso en Königsberg la corona real de Prusia y otros ciento setenta años después, el 18 de enero de 1871, el rey

Guillermo I fué proclamado emperador de los alemanes en el palacio de Versalles. ¡Qué progreso desde la partida del jóven aventurero Conrado hasta el trono imperial!...

Jóven aun subió al trono el hijo de Barbaroja Enrique VI. Si la canción amorosa que se le atribuye: *con canto saludo á la dulce niña que no quiero ni puedo huir*, realmente es de él, debe de haber poseído, cuando jóven, una dulzura de corazón que con el tiempo desapareció sin dejar rastro, pues este Hohenstaufen tenía todas las cualidades de verdadero dèspota como precisamente le requería entonces el estado del país. El era el hombre á propósito para establecer en lugar de la funesta monarquía electiva un imperio hereditario sobre bases duraderas y sin duda habría llevado á cabo esta su firme intención si una muerte repentina no le hubiese arrebatado en Mesina en el año 1197 cuando no tenía sinó 32 años de edad. Su excelente hermano y sucesor, el rey Felipe, gastó sus fuerzas más que ordinarias contra los clérigos y güelfos rebeldes y fué asesinado en Bamberg en 1208 por el príncipe asesino Oton de Wittelsbach. El sobrino del asesinado, Federico, hijo de Enrique VI, recibió la corona en Aquisgran en el año de 1215. En este hombre espléndido, quien educado en el Sur de Italia era más meridional que hombre del Norte, más romano que germano, manifestábase más marcadamente la ambigüedad italo-alemana de los Hohenstaufen contra la cual era impotente todo el genio del emperador Federico II y contra la cual acabó por estrellarse. Ni en Alemania ni en Italia pudo restaurar el poderío de su casa, no sabiendo dominar ni al papado ni al particularismo alemán; este estalló otra vez en plena anarquía aun con vida del emperador; aquel, representado por sacerdotes tan enérgicos como eran Inocencio III, Gregorio IX é Inocencio IV, sostuvo felizmente sus pretensiones jerárquicas á la supremacía universal, tolerando la tiara á la corona imperial solamente como subordinada, no como á igual en derechos. Vanos habían sido los esfuerzos de Federico contra este hecho, cuando el emperador cansado, del que ha dicho acertadamente el historiador de la ciudad de Roma Gregorovius que *con todos sus errores y virtudes ha sido el hombre más cabal y genial de su siglo y representante de la cultura del mismo*, añadiendo ingeniosamente que Federico II de Prusia, filósofo, poeta, amigo de las ciencias, libre pensador, político astuto y monarca en el verdadero sentido de la palabra *ofrecerásgos que le hacen como retrato de su gran tocayo*. Cuando el emperador, cansado, se acostó en el lecho de muerte el 13 de diciembre de 1250 en Ferentino, cerca de Luseria, debió decirse que la *lucha titánica de la Edad media*, la lucha entre las espadas eclesiástica y seglar, entre el papa y el emperador, entre la Iglesia y el Estado había quedado decidida á favor de la espada espiritual del papa y de la Iglesia. Esta decisión era al mismo tiempo la de la suerte de la familia de los Hohenstaufen. No habrá jamás en el mundo odio que iguale en ponzoña é implacabilidad al odio de los sacerdotes de la *Religión del amor*. Este odio no cejó hasta que la familia odiada que había luchado tan heroicamente contra el despotismo clerical hubo quedado exterminada hasta la raíz. El hijo legítimo de Federico II y su sucesor en el imperio alemán, Conrado IV, hubo de sucumbir á la



CONRADINO DE HOHENSTAUFEN.

anarquía, á la traición, muriendo en 1254, empezando con él aquella época terrible llamada el Interregno. El hijo favorito de Federico, el genial rey Mánfredo, perdió en 1266 la batalla de Benevento y la vida contra el ladrón Carlos de Anjou llamado y proveído por el papa. El nieto de Federico II, hijo de Conrado IV, el rey Conrado; el jóven llamado Conradino por los italianos, poeta como su bisabuelo y su abuelo, cantaba en su país de Suabia la tierna canción amorosa: *Me deleitan las flores encarnadas que nos trae mayo*, se libró de los brazos de su madre y marchó con su amigo el brabenbergés Federico de Austria y escaso séquito por los Alpes al antiguo país de los encantos: *donde un suave vienteillo sopla del cielo azul, el mirto verdea y el laurel se eleva*, para disputar la heredad de sus abuelos á los ladrones de ella. Al principio victorioso, sucumbió en el valle del Tagliacozzo á la astuta táctica del usurpador, al que fué entregado por la vil traición de un Frangipani, cuya familia había sido colmada de beneficios por los Hohenstaufen y fué degollado en el cadalso el 29 de octubre de 1268 en Nápoles, exclamando en el momento de recibir el golpe mortal: *¡Oh madre, qué dolor te causo!* La hija de Federico II, Margarita, escapando á duras penas á las criminales maquinaciones de su disoluto esposo, el marqués Alberto de Meisen, murió en 1270 en el asilo que le habían concedido lealmente los ciudadanos de Francfort, y dos años después extinguióse en la cárcel de Bolonia la vida de su hermano, el rey Enrique, el último de los Hohenstaufen, terminando así la larga tragedia llena de peripecias de aquella casa que no ha encontrado aún poeta digno, si bien no lo necesita porque en su realidad histórica lleva la consagración trágica.

El día más brillante y feliz de la existencia de la dinastía stáufica fué sin duda el de pentecostés de 1184 celebrado en Maguncia por Federico Barbaroja, siendo el motivo de esa fiesta más grandiosa de la caballería alemana la *swertleite*, es decir, la entrega de las armas á los dos hijos mayores de Federico, que fueron armados caballeros por la propia mano de su padre. Ocupaba el trono el emperador del Occidente con toda su pompa y magnificencia, en medio de los príncipes eclesiásticos y seculares del imperio, rodeados estos á su vez de un séquito cuyo número total se elevaba, según dicen, á setenta mil caballeros. Barbaroja, todavía hombre robusto, de porte majestuoso, tomó parte en los juegos caballerescos en la liza, y la emperatriz Beatriz, segunda esposa de Federico, era bien digna de presidir la fiesta cual *reina de la belleza*. Según las noticias que nos han sido transmitidas, esa fiesta de Maguncia debió de haber sido imponentísima, correspondiendo semejante presentación de la majestad de los emperadores alemanes al poderío del imperio de aquella época. Es verdad que no estaba lejos el momento cuando en la terrible confusión del interregno la monarquía alemana se hundió degenerando el imperio, primero en estado federal de flojo enlace y luego en confederación anárquica; pero en los primeros tiempos de esta decadencia el poderío exterior de Alemania quedaba todavía en pié, extendiéndose la creciente cultura de la nación, sobre todo hácia el Norte y el Este. Sleswig, Mekeenburg, Pomerania y Brandenburgo germanizáronse cada vez más. La orden teutónica trocó sus infructuosos esfuerzos en la llamada *Tierra Santa* con una actividad más fru-

tifera, colonizando Prusia y conquistando para la civilización alemana, á Libonia, Estonia y Curlandia. Así mismo germanizáronse las costas del Báltico fundándose en ellas gran número de ciudades. En Carintia, Estiria, Lusacia, Silesia, el germanismo quitó cada vez más terreno á los eslavos; Bohemia pertenecía al imperio alemán y Federico Barbaroja había obligado á los polacos á reconocer la soberanía alemana.

Pero como ostentaba el poderío del imperio aquella fiesta de Pentecostés del gran Hohenstaufen, presentó también la romántica caballería alemana en todo su esplendor, mostrando los múltiples resultados del asiduo trabajo de civilización que los alemanes habían llevado á cabo en el curso del siglo XII. La población de Alemania iba aumentando constantemente, y este aumento mismo hacía indispensable un cultivo más extenso y más intenso del país, por cuyo motivo había de considerarse como ventaja económica la célebre fecundidad de las mujeres alemanas. En las ciudades prosperaban los oficios, multiplicándose y juntándose frecuentemente con la actividad artística; el comercio enlazaba las riquezas adquiridas con la satisfacción de las necesidades de una civilización creciente. Las expediciones á Roma y las Cruzadas manifestaban irresistiblemente sus efectos, inspirando las ideas nacidas de ellas á la caballería alemana y determinando la forma de la poesía y del arte románticas.

La romántica es el resultado del contacto del Oriente con el Occidente nacida y desarrollada primeramente en los valles de la Provenza bajo la influencia del mahometismo español que se había adelantado mucho por su gran civilización á la Europa cristiana; la romántica, con respecto á la poesía, como arte de cantar de los trovadores y en el concepto social como caballerosidad buscando el amor de Dios y de las mujeres, ha colocado al lado de la realidad histórica de la Edad media un mundo maravilloso de cuentos y leyendas, prefiriendo á la claridad del día la *noche alumbrada por la mágica luz de la luna*, y pretendiendo que toda la existencia terrenal se condensara en anhelos por el cielo. Naturalmente, este idealismo absoluto en el cual el ascetismo cristiano se mostraba en todo su rigor primitivo no podía realizarse; pero al principio tenía bastante fuerza para empapar toda la cultura superior y hacer un elemento de la historia universal durante un largo período, la idea de una caballería cristiana como de una orden ideal. Más arriba se ha dicho ya lo que un *caballero* era y significaba en Alemania durante los siglos X y XI; desde el siglo XII este nombre implicaba la idea de una caballería cristiana que los cruzados alemanes se habían apropiado durante su convivencia en Palestina con los caballeros italianos, franceses y españoles. Junto con la cosa habíanse introducido también las formas, reglas y costumbres de la vida caballeresca y, como en todas partes, así también en Alemania la Iglesia se apresuró á apoderarse del nuevo fenómeno social para explotarlo. Siendo producto de las cruzadas, es decir, de la lucha entre el cristianismo y el islamismo, la caballería debía contener desde el principio un elemento religioso que la Iglesia procuraba fomentar asegurándose la cooperación en el acto de la recepción en la orden de caballería.

Se ve pues, que la caballería no nació en el suelo alemán sinó que fué trasplantada al mismo cual árbol exótico, y aunque haya echado raíces, brotado ramas y llevado flores y madurado frutos no dejaba de notarse la procedencia extranjera; á las flores y los frutos del árbol faltaban la lozanía y el sabor populares. Es verdad que la profundidad de sentimientos de los germanos fué llenar de sustancia generosa muchas formas vacías del caballerismo, así como ha sido dable al genio alemán presentar poéticamente con vida y alma el ideal romántico de la belleza; pero también es verdad que el caballerismo no ha penetrado nunca en el corazón del pueblo alemán. Era desde el principio y permaneció después artificial y exclusivo por más que en algunas partes, como veremos luego, se les antojó hasta á los campesinos jugar á caballeros y remedar las formas del culto caballeresco del amor, culto que en Alemania ciertamente presentaba muchas veces una ternura conmovedora, pero también bastantes veces, como en otras partes, degeneraba en evidente licencia. En el concepto ideal la caballería era una institución social y moral, pues comprendía las relaciones del caballero con la Iglesia, el Estado, los compañeros y la mujer; en el concepto real era una institución de la nobleza, pues desde el siglo XII el nacimiento, es decir, la procedencia inmediata de caballero, era la condición previa de la caballería, la cual, sin embargo, podía concederse y fué concedida excepcionalmente á personas que no habían nacido de nobles. La caballería, como tal, no implicaba derechos políticos que daba la nobleza alodial y feudal, sinó tan sólo ciertos derechos honoríficos, pero como bajo la palabra *honor de caballero* la gente se figuraba una cosa especial, como quien dice el honor sublimado ó la esencia del honor, los *señoritos*, tanto los urbanos como los rurales, los hijos de príncipes como los de los magnates de aldea procuraban con afán hacerse partícipes de este honor, por medio de la investidura caballeresca. El honor caballeresco se creó un código particular, es decir, una compilación de máximas y preceptos acerca del cómo había de tratarse caballerescamente con los caballeros y las damas. Este libro de las reglas de la *courtoisie* es de origen principalmente francés, y como Francia exportaba ya en la Edad media sus modas á los países vecinos, así proveía de sus reglas de costumbres y decencia caballeresca también á los alemanes, que se las arreglaban á su gusto llamándolas *cortesania*, muy adecuadamente en efecto, puesto que en las cortes de los emperadores, reyes, duques, príncipes, condes y obispos, eran los sitios favoritos de la práctica caballeresca. Por lo demás la palabra *cortesano* no tenía aún en aquel tiempo la significación repugnante de hoy, siendo un hombre cortesano y una mujer cortesana precisamente lo que hoy entendemos por hombre y señora de instrucción y buen tono. La caballería desde el más pobre castellano hasta el potentísimo emperador junto con el clero alto formaban en la Edad media lo que hoy suele llamarse la *sociedad ó el mundo*. En los círculos de esa sociedad y especialmente en los más distinguidos, muévense las descripciones de costumbres que lucen tanta riqueza de colores en las historias heroicas, cortesanas y populares del período stáufigo-suabio de la literatura alemana. Con respecto á la época del florecimiento de la Edad media alemana,

esas narraciones no tienen ménos importancia para la historia de las costumbres que la de los cantos homéricos con referencia á los tiempos heroicos de Grecia, y por esta razón habremos de referirnos á ellas bastantes veces en el capítulo siguiente.